se hizo costumbre que los reyes y príncipes dictaran *ordenanzas* ó *edictos*, unas veces de acuerdo con los Estados del país, pero la mayor parte sin oir más que á sus consejeros. En Francia acababan esos documentos con la fórmula *así me place*, que equivale al *ordeno y mando* castellano.

Á partir del siglo XIII hubo en muchas provincias hombres de ley, jueces ó abogados que trataron de consignar por escrito la costumbre seguida en el país, para facilitar el trabajo de los litigantes y de los magistrados; pero estas colecciones eran simples manuales, sin fuerza de ley, y el juez no hacía uso de ellos más que cuando le placía. En el siglo XVI se sintió la necesidad de salir de esta confusión, reemplazando la costumbre por la ley, y como los súbditos se habían acostumbrado á la idea de que debían obedecer las órdenes de los príncipes, las ordenanzas de éstos se convirtieron en base del derecho. La costumbre no desapareció, pero se transformó. Luis XII y Francisco I de Francia mandaron que los jueces redactaran los usos de cada provincia y les dieron fuerza legal. En las restantes naciones se procedió análogamente. En adelante hubo en Europa una ley, confusa todavía; pero al fin escrita (1), ley á que daba fuerza la autoridad del príncipe, y que por tanto podía éste cambiar á su antojo. El soberano, que ya tenía ejércitos, impuestos, gobernadores y jueces, que le daban el dominio del presente, adquirió de este modo el poder de dictar la ley, esto es, de disponer del porvenir.

(1) En Inglaterra siguieron invocando la costumbre con el nombre de *common law* (ley común).

XVIII. — LOS INVENTOS Y LOS DESCUBRIMIENTOS.

RAMBAUD, *Historia de la civilización en Francia.* — VIVIEN DE SAINT MARTIN, *Historia de la Geografía.* — PESCHEL, *La época de los descubrimientos.* — COOLEY, *Historia de los viajes.*

LOS GRANDES INVENTOS.

La pólvora. — Cuando se inventó la pólvora en Europa, hacía ya mucho tiempo que los chinos sabían fabricarla; pero sólo la usaban en los fuegos artificiales. Los alquimistas conocían desde el siglo XIII una mezcla de carbón, de azufre y de salitre; pero esa composición se consumía lentamente. Los árabes fueron los que llegaron, mediante la purificación del salitre, á producir la verdadera pólvora, empleándola para lanzar proyectiles á lo largo de un tubo. Los cristianos los imitaron y en 1325 hacía fundir Florencia cañones de metal y balas de hierro. El invento se generalizó en toda Europa, pero fué perfeccionándose con gran lentitud. Hasta el siglo XV, la mayor parte de los cañones (1) no arrojan sino balas de piedra y apenas alcanzan tanto como un arco. El cañón portátil ó culebrina de fuego es todavía tan pesado que hay que ponerlo encima de una horquilla. Durante mucho tiempo, la pólvora hizo más ruido que daño. Dos siglos después que se empezó á usarla seguían los caballeros llevando sus armaduras de hierro y los infantes peleando á pie con el arco, la ballesta y la pica, y las ciudades construyendo murallas y torreones. La artillería no llegó á ser verdaderamente temible sino en el siglo XVI, y las armas de fuego portátiles en el XVII. Pero si bien estos efectos fueron lentos en producirse, no por esto dejaron de causar

(1) Se llamaban *bombardas* los cañones cortos y gruesos, y *culebrinas* los largos y delgados.

transformación profunda. En adelante, los castillos no pudieron proteger á los nobles y sólo los príncipes fueron bastante ricos para poseer una artillería. La pólvora acabó con el poder político de la nobleza é hizo irresistible el de los reyes.

La brújula. — Los árabes sabían que la aguja imantada se vuelve siempre hacia el norte; este hecho fué conocido en Europa en el siglo XIII; pero entonces se contentaban con colocar la aguja sobre una paja en un vaso de agua. La invención de la *brújula* consistió en colocar dicha aguja sobre un eje, resguardándola por medio de una caja contra los movimientos del aire. Este aparato prestó grandes servicios permitiendo que los marinos se orientasen á todas las horas del día y de la noche, y fuese cual fuera el tiempo que hiciese. Sin embargo, no debe creerse que causara revolución brusca. Los marinos noruegos habían llegado sin ella hasta Groenlandia, y los portugueses no se atrevían teniéndola á salir á alta mar.

El papel. — Los árabes introdujeron en Europa el arte de fabricar el papel (1); cuando se hizo costumbre llevar camisas de hilo (2), hubo trapos abundantes con que fabricarlo. — Este invento, al parecer tan pequeño, tuvo inmenso alcance, pues siendo el papel mucho más barato que el pergaminó y mucho más cómodo, suministraba á la imprenta la materia de que no podía pasarse.

(1) Hasta ahora se había creído que el papel fué fabricado primeramente en Europa con algodón y con trapo sólo desde fines del siglo XIII; pero examinando con el microscopio el papel que se suponía de algodón, se ha visto que todos son de trapo, y mal hechos.

(2) La costumbre de llevar ropa interior no se generalizó en Francia hasta el siglo XIV.

La imprenta. — En los Países Bajos habían tenido desde principios del siglo XV la idea de producir múltiples ejemplares de imágenes de santos y de libros piadosos, grabando en una tabla un dibujo ó una página de escritura. Después bastaba con pasar tinta por esta plancha y aplicar encima una hoja de papel: así se imprimió la *Biblia de los pobres;* pero cada nueva página exigía otro grabado análogo, según se practica hoy con la litografía. Al fin se trató de fabricar letras separadas que podían juntarse como se quería, y como las letras de palo no valían nada se recurrió á las de metal. Gutenberg inventó una aleación de plomo y de antimonio que permitió fundir caracteres. Así empezó el arte de imprimir: su primera obra fué la Biblia de 1455. Pronto se difundió por el mundo, sobre todo en Italia, donde los seglares tenían vivo deseo de leer y de instruirse. Á fines del siglo XV se habían hecho ya en Europa más de 10.000 ediciones, la cuarta parte de ellas en Venecia; 54 ciudades de Italia tenían imprenta ya entonces. — Los primeros libros fueron todos tomos en folio, difíciles de manejar y escritos en caracteres góticos; pero poco á poco se adoptaron tamaños más pequeños y letra más clara.

La imprenta produjo pronto inmensos resultados. Los antiguos y los nuevos libros se pusieron al alcance de todas las clases sociales, con lo cual perdieron los clérigos y los estudiantes el monopolio de la ciencia y del saber sagrado. Los laicos y los burgueses pudieron conocer la literatura y la teología cultivándolas con el ardor que la novedad les inspiraba. Así se constituyeron rápidamente una literatura y una teología seculares: la primera se llamó el Renacimiento; la segunda fué la Reforma.

Y sin embargo aun entonces no había dado todos sus frutos la imprenta, pues si bien produjo el *libro*, iba á

tardar tres siglos en dar vida al *periódico*. El primero produjo en el siglo XVI una revolución literaria y religiosa; el *diario* debía causar otra durante el siglo XIX en el gobierno y el comercio.

LOS DESCUBRIMIENTOS GEOGRÁFICOS.

Marcha de los descubrimientos. — En la edad media los mercaderes europeos se encaminaban en busca de los artículos de la India, ya á Siria, ya á Egipto, donde los árabes se los vendían muy caros: las especias costaban en Alejandría tres veces tanto como en Calicut, y el incienso cinco veces su precio en Arabia. Así es que los europeos deseaban vivamente descubrir un camino para ir á buscar directamente en la India la pimienta, la canela, la nuez moscada y el marfil, que en aquella época eran de gran consumo. Este deseo aumentó cuando los turcos destruyeron el comercio de Italia con Levante.

Los marinos portugueses buscaron por el este el camino de la India. Como el África les cerraba el paso, empezaron á costearla, descubriendo poco á poco sus riberas é islas, tardando cincuenta años en llegar al Cabo que D. Juan II llamó de Buena Esperanza y los marinos de las Tormentas. La esperanza no salió fallida: Vasco de Gama dobló ese promontorio, descubrió la costa oriental de África y llegó á la India, donde pudo comprar mercancías á precio ventajoso. Continuando hacia el este descubrieron los portugueses la Indochina, las grandes islas de la Sonda (las Molucas) y entraron en relaciones con China y el Japón; pero no fueron más lejos.

También se tuvo entonces la idea de buscar el camino de las Indias por el Oeste. Los hombres instruídos

del siglo XV no ignoraban que la tierra es redonda (1); y hasta sabían que en el lado opuesto del Océano existía un mundo. Dos marinos italianos tuvieron la audacia de lanzarse sobre ese mar desconocido, ambos al servicio de príncipes extranjeros Cristóbal Colón al de la reina de Castilla y Sebastián Caboto al del rey de Inglaterra. Este último salió de la Gran Bretaña y tomando el derrotero del noroeste, fué á parar al Labrador y las tierras heladas de América del Norte. Colón salió de España, tomó por el sur y llegó á las Antillas, creyendo haber desembarcado en las Indias, tanto que aún hoy se da á la América el nombre de *Indias Orientales* y á los habitantes primitivos el de *indios*. — Otros españoles descubrieron que América formaba un continente, llegando al Mar del Sur y visitando poco á poco las costas de América meridional. Sin embargo, no se abandonaban las tentativas para encontrar por el oeste un paso que llevara á las islas de las especias. Magallanes acabó por encontrarlo doblando la punta sur de América, como los portugueses lo habían hallado por el cabo de las Tormentas. La expedición española atravesó el Océano Pacífico hasta las Molucas, donde encontró á los portugueses, asombrados de ver europeos que llegaban por el este; los restos de la escuadra volvieron á España al cabo de tres años, después de dar por primera vez la vuelta al mundo.

Durante dos siglos continuaron mandando expediciones los gobiernos que tenían puertos sobre el Océano, España, Portugal, Inglaterra, Francia y Holanda.

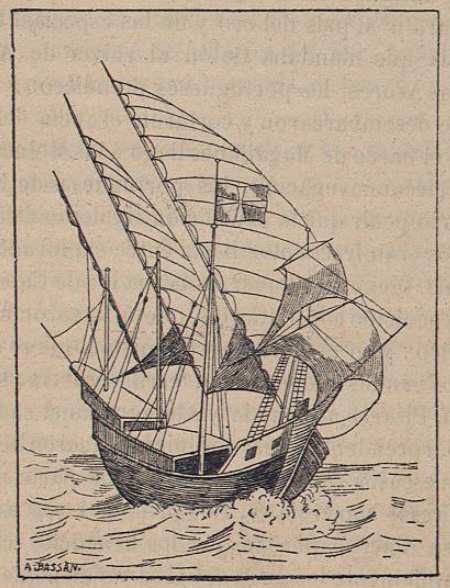
(1) También se sabía, desde los viajes de los portugueses al África, que los países situados al sur de los trópicos no son tan ardientes que lleguen á causar la muerte de los europeos ó á convertirlos en negros. Este temor no contribuyó en nada á retrasar el descubrimiento de América.

Así se acabó de descubrir la América del Norte y se visitaron las islas del Pacífico y la Australia. Los viajes de descubrimientos marítimos duraron hasta fines del siglo XVI: sólo entonces se pudo trazar un mapa completo de las costas. Al mismo tiempo se lanzaban los aventureros por los grandes ríos americanos, el Mississipí, el San Lorenzo, el Amazonas y el Plata, explorando el interior del nuevo continente.

Carácter y objeto de las expediciones. — Esos grandes viajes del siglo XVI no se parecían en nada á las exploraciones científicas de nuestro tiempo. Los marinos y los príncipes que costeaban las expedicionnes no se preocupaban gran cosa de los adelantos de la geografía; la empresa tenía por fin el lucro; las Indias y América fueron descubiertas cuando se buscaban especias y si se penetró en Guinea, México y el Perú fué en pos del oro. Los españoles buscaron mucho tiempo en lo interior de ambas Américas el famoso *Eldorado*, donde esperaban encontrar campos del precioso metal (1). También se llevaron á cabo expediciones más singulares aún, como la que efectuó en 1513 Ponce de Léon al frente de una banda para ir en busca de la fuente de la juventud eterna, en que bastaba bañarse para recobrar el vigor y belleza de los primeros años. Los españoles exploraron la Florida por largo espacio de tiempo, bañándose en todas las fuentes y ríos para ver si habían encontrado el maravilloso manantial.

Los aventureros que iban á las Indias esperaban enriquecerse pronto y sin trabajo; un cargamento de especias y algunas libras de oro bastaban; después sólo pensaban en volver á disfrutar de sus riquezas en Europa. El mismo Colón pensaba en cosas muy distintas de la ciencia y antes de embarcarse, cuando todavía no era sino un simple aventurero, exigió que la reina de Castilla le concediese por un convenio regular la nobleza para él y sus descendientes, la dignidad de almirante del mar Océano y el título de virrey de las regio-

(1) Por una casualidad que parece ironía del destino, los países del oro, California y Australia no han sido explorados hasta nuestraépoca.



Carabela.

nes que iba á descubrir, con más la décima parte de las rentas y la octava del producto del comercio.

Estos exploradores no deseaban que el mundo aprovechase sus descubrimientos y preferían conservarlos para sí solos. Al volver de su primer viaje escribía Colón en su diario: « Siempre he dicho á los marineros que el camino andado cada día era menos del verdadero

á fin de engañarlos, tanto á ellos como á los pilotos, *guardando en mi poder* la clave de la navegación del oeste. Y lo he logrado tan bien que hoy no puede nadie determinar el derrotero para volver á la India.

Los pueblos que habían descubierto los países nuevos trataban de evitar la competencia. Todos querían ser, como los antiguos fenicios, los únicos en conocer el camino para ir al país del oro y de las especias. Cuando la carabela que mandaba Colón al volver de América tocó en las Azores, los portugueses prendieron á los marinos que desembarcaron y cortaron el ancla del buque y cuando el barco de Magallanes llegó á las Molucas en su viaje de circunnavegación, los portugueses de las islas quisieron impedir que la expedición siguiera adelante. — Estos celos eran frecuentes hasta entre exploradores del mismo país. Diego Velázquez, gobernador de Cuba, mandó una expedición contra Cortés, que á la sazón conquistaba México : y en el Perú los conquistadores se dividieron en dos bandos que se hacían terrible guerra ; sus jefes murieron, Pizarro asesinado y Almagro en el cadalso.

Estos sorprendentes descubrimientos fueron llevados á cabo con escasos recursos, y la mayor parte no eran sino empresas comerciales. Los príncipes que arriesgaban así su dinero, querían que los beneficios compensasen ampliamente los gastos. Colón no disponía sino de tres buques de escaso porte y de 90 hombres y el descubrimiento costó 5000 ducados; la expedición de Magellanes exigió un desembolso de 22,000 ducados, pero produjo 100.000, porque el barco que volvió á España estaba cargado de clavo de comer. Como los buques usados en esas empresas no estaban destinados á tan grandes viajes, había en ocasiones que pasar meses y aún años en la alta mar de un Océano desconocido. — Las expediciones por tierra, en países salvajes, sin provisiones ni abrigo, eran mucho más peligrosas todavía. Orellana, que salió del Perú en 1540 para explorar la región situada en la vertiente opuesta de los Andes, llegaba á un afluente del Amazonas con unos cuantos hombres no más, enfermos, desanimados, sin víveres, que no tenían ya por alimento sino el cuero de sus botas ; pues bien, no obstante, tuvo la audacia de bajar el río, llegando al Brasil después de sufrimientos inauditos en su travesía de América del Sur. Aquellos aventureros eran á la verdad hombres de hierro.

La conquista. — Los príncipes que mandaban estas expediciones querían aumentar sus dominios ; así es que cuando se descubría una tierra, la conquistaban. Los portugueses se establecieron en la Madera y las Azores, y construyeron líneas de castillejos en ambas costas de África. En la India y las Molucas, donde el país estaba en manos de príncipes indígenas ó de sultanes muslímicos, obtuvieron algunos puertos, ya tratando con esos reyezuelos, ya á cañonazos. Allí también edificaron fuertes, almacenes y arsenales, enviaron escuadras y un pequeño ejército, y nombraron un gobernador con el nombre de *virrey de la India*. Una vez que destruyeron las flotas del sultan de Egipto y la del de Ormuz, únicas que habían hecho hasta entonces el comercio con el Indostán, quedaron dueños del Océano Índico y sentaron el principio de que el mar les pertenecía, y de que ningún otro pueblo tenía derecho á navegar en él. Si encontraban un barco extranjero desprovisto de permiso real, lo trataban como á pirata ahorcando á la tripulación. El rey de Portugal tomó el título de « señor del comercio de la India y de Etiopía. »

Los españoles no encontraron en la mayor parte de América sino pueblos débiles, y tomaron fácilmente

posesión del país. Cuando llegaban á una región desconocida, el jefe de los expedicionarios desplegaba el estandarte de Castilla y distribuía algunos objetos de escaso valor á los indígenas; el notario real redactaba el acta de toma de posesión y el rey era en adelande dueño del territorio. Así fueron ocupadas las Antillas y gran parte de la América del Sur. Por el contrario, en México y el Perú tuvieron que habérselas los conquistadores con dos grandes imperios organizados; pero los guerreros contemplaban con respeto á aquellos hombres blancos, que llegaban por mar, que montaban en animales desconocidos (los caballos) y que lanzaban el rayo; así es que acudían á su encuentro, adorándolos como á hijos del sol. Cuando los indígenas vieron que querían despojarlos de sus tesoros, estalló la guerra; pero los indígenas no podían resistir á las armas y la táctica europeas, por lo cual 1200 hombres bastaron para vencer á 100,000 guerreros indios. Después de la victoria vino la conquista; los aventureros ocuparon el puesto de los jefes indígenas, convirtiéndose á su vez en señores. Las familias descendientes de los conquistadores fueron durante mucho tiempo las primeras de América.

De este modo pasaban á ser dominios de los reyes de Castilla y de Portugal las tierras descubiertas. Cuando surgieron dificultades entre ambas coronas, los soberanos recurrieron al Papa que, en calidad de vicario de J.-C., era señor del universo. El pontífice dictó un breve repartiendo el mundo entre aquellos monarcas. Al efecto trazó en torno del globo una línea que pasaba á 300 leguas al oeste de la Madera: los países situados al este de ella (África y las Indias) fueron concedidos al rey de Portugal; los del oeste (es decir, América), al rey de Castilla. Tal fué la *línea de marcación*. Cuando más

adelante llegaron los españoles á Oceanía por el estrecho de Magallanes, hubo que trazar otra entre las Molucas y las Filipinas; se la llamó *línea de demarcación* (1).

El comercio. — Como estas empresas fueron, según se ha dicho, negocios comerciales, los portugueses y los españoles mandaban sus barcos á los países donde esperaban encontrar artículos preciosos. Lo que principalmente buscaban eran *especias*, es decir, pimienta, canela, nuez moscada, clavo de comer y genjibre, que sólo se daban en Oriente y de que se hacía gran consumo en Europa. — Cuando los portugueses llegaron á la India por el Cabo, monopolizaron ese tráfico, que pasó enteramente por sus manos hasta fines del siglo XVI. De Lisboa salían grandes barcos perfectamente armados, las *carracas*, que iban á cargar de aquellas mercancías en la India para transportarlas á Europa.

También los españoles buscaban especias. Colón tenía encargo de la reina Isabel de tratar con el príncipe del Japón (Zipango) sobre este punto. Cuando el descubridor llegó á Cuba, que tomaba por aquel imperio, mandó á tierra un judío que sabía el árabe con muestras de especias, para informarse de si las había análogas en el país. Pero América no las daba y el derrotero que Magallanes descubrió más tarde para llegar á la India era demasiado largo; los portugueses no tuvieron que temer la competencia. — En cambio los españoles vieron en la primera isla donde desembarcaron que los salvajes llevaban en la nariz adornos de oro; así es

(1) Este reparto ocasionó grandes dificultades, pues los españoles y los portugueses no estaban acordes respecto de los países que las líneas debían separar y entonces no se poseían buenas cartas geográficas que habrían resuelto la cuestión. De este modo se explica que el Brasil quedara en manos de los portugueses, á pesar de encontrarse al oeste de la primera línea.

que olvidaron las especias y se consagraron á buscar el precioso metal. El de las antillas desapareció pronto; pero en México y el Perú había no sólo los tesoros de los soberanos indígenas, sino también las minas. Á más de las productivas que se conocían, se descubrieron otras mejores en 1545, las de Potosí. Todos los años salía de América un galeón cargado de oro y plata é iba á Sevilla escoltado por una escuadra. El cargamento fué aumentando siempre. Durante la primera mitad del siglo XVI no fué sino de 3 millones de pesos; en la segunda subió á 11; de 1600 á 1620 subió á igual número de ducados, es decir á unos 22 millones de pesos, pues el ducado valía dos pesos próximamente. En 1624 llegó á 14 millones de ducados. El quinto era para el rey. — América fue el país del oro y de la plata, como la India el de las especias.

La trata de negros. — Los aventureros españoles que ocuparon América querían oro; pero sin tomarse el trabajo de buscarlo por sí mismo; así fué que obligaron á los habitantes del país á trabajar en el lavado del metal. Al mismo tiempo introducían el cultivo de la caña de azúcar y hacían que los naturales la cultivasen. Como los indígenas no estaban acostumbrados al trabajo, no pudieron soportar aquella vida; muchos de ellos se suicidaron, otros huyeron á los bosques, y la mayor parte pereció de enfermedad y de cansancio. Cuando Santo Domingo fué descubierto contaba unos 400,000 habitantes; en 1508, no quedaban sino 60.000; en 1514, sólo 14,000 y á fines del siglo XVI habían desaparecido todos los miembros de la raza nativa.

Los portugueses que se instalaron en la costa de Guinea empleaban desde hacía mucho tiempo como

esclavos á los negros, y esto dió á los españoles la idea de reemplazar á los indígenas americanos por negros de África, más robustos y que disfrutaban de análogo clima. Carlos V concedió en 1519 el monopolio de la trata de negros por ocho años á un noble flamenco, que lo vendió á una casa de Génova. Así nació este abominable tráfico. Había mercaderes europeos que iban á la costa africana en busca de esclavos, comprando unas veces á los reyezuelos sus prisioneros de guerra, y hasta sus súbditos por algunas cuentas de vidrio y mercancías averiadas, y otros se arrojaban sobre los caseríos llevándose á los habitantes, como hacen todavía los vendedores de esclavos árabes en el centro del continente. Un almirante inglés del siglo XVI se jactaba de haber causado la muerte de muchos miles de negros para que le quedasen 400 cautivos. Los esclavos eran metidos en la bodega del barco negrero, tantos como era posible, y allí permanecían sin aire ni luz durante una travesía de varias semanas. Así es que morían centenares de ellos, cuyos cadáveres eran devorados por los tiburones que seguían á los navíos. Los que llegaban vivos á América eran vendidos como cautivos y enviados á las plantaciones de azúcar y de café, donde los mayorales los hacían trabajar á latigazos.

La trata de los negros duró hasta 1815. Todos los pueblos de Europa la practicaron para suministrar esclavos, primero á los españoles, y después á los restantes pueblos europeos establecidos en América. El « comercio de ébano », según lo llamaban por irrisión, era el más lucrativo de todos y los que lo practicaban, se enriquecían seguramente.

Á medida que se cultivaban en los nuevos países el azúcar, el algodón y el café, era necesario aumentar el número de esclavos negros, sin los cuales no se conside-

raba entonces posible la labranza. Tantos negros fueron por esta razón importados en las Antillas, el Brasil, Venezuela y en América del Norte, que hay puntos donde constituyen actualmente el principal núcleo de habitantes. La raza africana sustituyó á la americana destruída, conquistando muy á pesar suyo un puesto en los indicados países.

Resultados económicos y políticos de los descubrimientos. — Los habitantes de Europa tuvieron noticia del resto del mundo gracias á los descubrimientos del siglo XVI: así se supo algo sobre la India, la China y América, revelándose de golpe nuevas tierras, nuevos mares, y hombres, animales y plantas hasta ese momento desconocidos. Los espíritus sufrieron conmoción profunda y esos nuevos materiales renovaron la astronomía, la física y la historia natural.

Los europeos, que habían ido en busca de especias y de oro, lograron completamente su deseo, inundando de metales preciosos y productos tropicales los mercados del Antiguo Continente: la pimienta, la canela y el azúcar pudieron figurar á partir de entonces en la mesa del pobre. El oro y la plata empezaban á desaparecer de Europa en el siglo XV, pues durante la edad media no se habían descubierto minas de ellos, y los mercaderes europeos, que no tenían nada que ofrecer á los orientales en cambio de sus especias y sus telas, les fueron entregando poco á poco los tesoros acumulados desde la antigüedad. Las minas de América hicieron entrar en circulación inmensas cantidades de metal, tanto que el numerario perdió las tres cuartas partes de su valor, esto es, que todos los productos se vendieron cuatro veces más caros que antes, y el comercio y la industria pudieron disponer de capitales cuatro veces superiores á

los que tenían antes. Entonces se estableció la circulación universal del dinero que todavía dura: América, Africa y Australia dan oro, y Europa lo toma en cambio de sus artículos manufacturados para llevarlo luego al comercio del mundo.

Como las especias pasaban por manos de los portugueses, y el oro y la plata por las de los españoles, estos pueblos fueron los primeros en enriquecerse: el rey de España fué en el siglo XVI el príncipe más poderoso de Europa; pero á fines de esa centuria pasó el negocio á manos de los holandeses.

Durante la edad media llegaban á Europa los productos asiáticos por el Mediterráneo, y entonces las grandes ciudades comerciantes eran las de Italia, Venecia, Génova, Florencia, etc.; y las de Alemania central, Augsburgo, Ratisbona y Colonia. Los descubrimientos hicieron tomar otros rumbos al tráfico: en adelante pasa el negocio al Océano y á sus puertos, primero Lisboa y más tarde Amsterdam, Burdeos, Nantes y los de Inglaterra. Las poblaciones italianas y germánicas fueron viéndose abandonadas, y el tráfico pasó de manos de los italianos y de los alemanes á los portugueses (1), los holandeses, los franceses y los ingleses.

América producía plantas desconocidas hasta entonces: al maíz, el tabaco, la papa, el cacao, la vainilla, las maderas tintóreas, el nopal que sirve para criar la cochinilla, la piña, el topinambur, la dalia (oriunda de México) y la capuchina (del Perú). Estos vegetales fueron introducidos en Europa, donde uno de ellos, la papa ó patata, debía llegar á ser, en el si-

(1) En España no hubo ningún puerto que tomase gran desarollo. El único habilitado para el comercio con América era Sevilla. En general se limitaba á recibir el producto de las minas; pero el tráfico era limitado.

glo XIX, el « pan del pobre ». — En cambio, los españoles llevaron al Nuevo Mundo otras especies asiáticas que los árabes habían introducido en Silicia y en la Península: el algodón, la caña dulce y el café, que hoy proceden en grandísima parte de las naciones americanas. Así es que pierden su nombre de « artículos asiáticos » para tomar el de « productos ultramarinos ».

Los nuevos conocimientos, el cambio de las vías comerciales, la prosperidad de los puertos del Océano y de las naciones del Oeste, la abundancia de especias y de metales preciosos, la riqueza del rey de España, los cultivos introducidos en Europa y en América; tales fueron las primeras consecuencias de los descubrimientos, visibles ya en el siglo XVI. Más tarde hubo otras en que por de pronto no se pensó. Los portugueses y los españoles se habían repartido el mundo para explotarlo, pero no mandaron á él colonos en número suficiente y no lo poblaron. Nadie sospechaba entonces que dos siglos más tarde se convertiría la India en una provincia europea, y que en América se constituiría una nueva Europa mayor que la antigua, una nueva España, una nueva Francia, una nueva Holanda, un nuevo Portugal y una nueva Inglaterra, y que las colonias llegarían á ser naciones.

Las consecuencias más trascendentales de los descubrimientos tardaron en producirse, como las de la artillería y de la imprenta. Tal vez surgirán aún otras que hoy no entrevemos.

XIX. — LUCHA DE LA CASA DE FRANCIA Y DE LA DE AUSTRIA

BORDIER, *Historia de Francia.* — MICHELET, *Historia de Francia.* — MIGNET, *Rivalidad de Francisco I y Carlos V.*

ITALIA Á FINES DE LA EDAD MEDIA.

Los condotieros. — Las ciudades italianas vivían en continuas guerras unas con otras, tanto que llegó una época en que les faltaron habitantes con que formar ejércitos. Entonces trataron con los mercenarios ó *condotieros* que se encargaban por un tanto de organizar una banda, de mandarla y de sostenerla. Estos soldados de profesión iban de un partido á otro, según sus conveniencias, sin tener siquiera como los suizos y los landsquenetes la honradez de batirse bien por el que les pagaba. Los condotieros de las ciudades enemigas se ponían de acuerdo para no hacerse daño y una batalla era simplemente un simulacro. Eran, según dice Maquiavelo, « guerras que empezaban sin temor, se efectuaban sin peligro y terminaban sin daño. »

Los tiranos. — Al cabo de dos siglos de revoluciones, la mayor parte de los italianos estaban hartos de semejante régimen, y entonces algunas ciudades se resolvieron á designar un príncipe que les gobernase como dueño. En 1308 se reunió en Padua un consejo magno para ver la manera de salvar la patria; un jurisconsulto se levantó y dijo: « El remedio está en nuestra mano; hemos abusado de los plebiscitos y corremos á la ruina. Todo exige un principio dominante: los miembros obedecen á la cabeza y los rebaños al pastor. Elijamos un príncipe que gobierne el Estado